

Carta al editor

Los instrumentos II

Leonardo Zamudio

En un rincón de aquella bodega había numerosos paquetes e instrumentos y aparatos sueltos, recargados en la pared o en el suelo y se oían lamentos y conversaciones.

Una lámpara de techo decía: ¿qué hubieran hecho sin mí? Una frontal dijo: yo era la preferida de los otorrinos y luego otros especialistas nos adoptaron y les costó trabajo acostumbrarse a dirigir el rayo.

Por allá estaba un aparato de anestesia y su bolsa dijo: me acuerdo de ese doctorcito que no podía estar sin sobarme. Sobre la máquina estaban un laringoscopio y unas sondas. Aquél dijo: algunos cómo me hicieron lastimar laringes y una sonda exclamó: yo una vez quedé en el esófago y por poco se muere el enfermo.

El Takaoka dijo: A mí me creían japonés y soy orgullosamente brasileiro.

En un pequeño envoltorio estaban unas agujas de raquia y de Tuy y una de ellas se expresó. Yo no sé para qué a veces insistían en usarnos cuando al final acababan durmiendo al enfermo. Algunos sí eran muy hábiles manejándonos.

Más allá había unos osteótomos que comentaron. Por qué muchos decían: Denme un cincel, no sabían que éstos son de un filo y nosotros (los osteótomos) somos dos, más finos.

Sobre una repisa había separadores: El de Balfour estaba muy orgulloso de los servicios que había prestado y le dijo al de Gosset: Yo enseñaba más que tú. Los de Deaver dijeron: Casi no había colecistectomía en la que no participamos. En uno ginecológico de horquilla ésta exclamó: A nosotros nos utilizaban tanto y ello hacía, pobrecita de mí, que estuviera metida en la entrepierna sufriendo calores y otras cosas.

Unas pierneras dijeron: ¿Cuántos partos vimos? Y por qué no decirlo una que otra criatura que se les cayó. También ayudamos a que reforzaran los tejidos de las que estaban muy flojas y hasta una que otra que quisieron ser «señoritas» de nuevo.

En un paquete de gasas una dijo: Afortunadamente nunca nos dejaron olvidadas, sobre todo ahora que los pacientes están tan bravos contra los doctorcitos.

Un torniquete desinflado se expresó: Yo procuraba no fallar para no inundar el campo de sangre y meter a los ortopedistas en problemas.

Después un banco con respaldo (de anestesista) dijo: Yo seguido tenía encima a aquel doctor que se quedaba dormido, afortunadamente no se le murió ningún enfermo.

De pronto se hizo el silencio pues alguien entró y todos querían pasar inadvertidos.